

CORPUS CHRISTI

Era un sábado del año 1980, cuando contraían nupcias en el municipio de Filandia, Quindío, Lucía Valencia y Leopoldo Ramírez. Tal como si se tratara de una premonición o presagio, justamente ese día y de manera inusual, faltó la energía eléctrica en todo el municipio. Por obvias razones, tanto el matrimonio como la celebración, se llevaron a cabo de una forma

diferente. Sus mentes permanecían, por aquellos tiempos, inundadas de proyectos, planes y sueños en los cuáles figuraban juntos y que, seguramente, habían estado planeando realizar y con años de antelación. Tres meses más tarde, Lucía quedó embarazada y llegó el tan esperado bebé; el bebé que tanto querían y que habían buscado y planeado para consolidar su matrimonio.

Se había pensado un nombre hermoso para el niño: Ricardo. Pero las circunstancias bajo las

que el bebé llegó al mundo, no eran tan bonitas como su nombre. Ricardito trajo consigo problemas, muchos problemas de carácter genético, los cuales afectaban principalmente órganos vitales, como su sistema digestivo; esta grave patología hizo necesarias varias intervenciones quirúrgicas en pro de salvar su vida; sobre todo el amor de su madre lo mantuvo vivo durante 17 días... largos días en los que Ricardito sufrió todo tipo de dolores debido a las

intervenciones
quirúrgicas y
obstrucciones
intestinales de las que
padecía y cada segundo,
se podía sentir la
cantidad de dolor de ese
ángel, con llanto cada
vez más agudo. El niño
no podía hacer otra cosa
que llorar y, con los días,
el timbre de su voz se
fue desvaneciendo con el
pasar de los segundos.

Un día, la expresión de
dolor en su rostro y la
imposibilidad tan
siquiera de llorar,
hicieron saber a sus
familiares más cercanos
que los días de Ricardito

estaban teniendo su fin,
en casa y acompañado
de las personas a quien
les vino a enseñar que,
en ocasiones,
simplemente no se
puede hacer nada más
que aguantar y enfrentar
los designios de Dios,
hasta que Él así lo
quiera.

A raíz de dicha tragedia
familiar y como
resultado de haber
quedado completamente
endeudados por los
gastos a los que conllevó
la enfermedad del niño y
todos sus procesos de
recuperación, una idea
se pasó por la mente de

Leo. Sin oportunidades laborales al interior del país, él toma la decisión de presentarse en la ciudad de Bogotá D.C, a la embajada norteamericana para tener la posibilidad de viajar y de esa manera, poder buscar un mejor trabajo, bien remunerado y así, solventarse un poco económicamente después de tanta dificultad y adversidades atravesadas. Al principio, fue muy complicado hablar del tema, ya que una decisión de tal magnitud conlleva a

analizar muchas otras situaciones, donde se enfrentaban a cambios inminentes en su estilo de vida. Pasaron algunos días y después de hablar de ello en repetidas ocasiones y con la mala situación económica que les apremiaba, Lucía decide presentarse con su esposo. Entonces inician todo el proceso requerido, algunos días bastaron para reunir la totalidad de los documentos necesarios y muchas oraciones a cada momento para que Dios estuviese de su lado. Sin embargo, después de

hacer todo lo
humanamente posible
de manera “legal”, la visa
les fue negada.

Viéndose a sí mismos en
un gran laberinto sin
salida, toman juntos una
arriesgada decisión:
cruzar la frontera a como
diera lugar o como se
dice sin tapujos; por el
hueco. Lucía toma la
decisión de que también
se va con él, arriesgando
hasta su vida para poder
encontrar un poco de la
tranquilidad económica y
emocional que tanto
necesitaban después de
la tormenta vivida.

Aunque para ella fue extremadamente difícil dejar su familia y no saber cuándo volvería a ver a su madre, a su padre, familia y amigos, creía que era su deber irse para permanecer al lado de su esposo... en matrimonio.

Comienzan trámites...
Todo se pone en venta porque la necesidad de dinero apremiaba. Sus planes incluían también, reunir el dinero suficiente para el viaje y algo más para su manutención por algunos días, mínimamente. Lo

pactado era que una vez ellos pisaran los Estados Unidos, cancelarían la totalidad de la deuda.

De pronto, a esta inesperada travesía se une alguien más: John Jairo, un sobrino de Leo, aparece precisamente por estos días en casa, haciéndoles entender que, en lo más profundo de su corazón, desea irse del país... cada quien en su vida... y quiere viajar también, pero, además, se convierte en la mano derecha de los dos para arreglar algunos aspectos cruciales del viaje y de igual forma,